

LA POLÍTICA SIN NOMBRE: ESTADOS UNIDOS HACIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE DESDE 1950

Antonio Gaztambide-Géigel

Es importante para nosotros proyectar todo el tiempo ante nosotros mismos y ante los pueblos latinoamericanos *la realidad de la tesis de que somos una gran potencia*; de que en general nosotros necesitamos menos de ellos de lo que ellos necesitan de nosotros; de que estamos completamente listos para abandonar a aquellos que no muestran particular deseo por las formas de colaboración que ofrecemos... y de que nos importa más que nos respeten que el ser simpáticos o comprendidos.

George Kennan¹

George Kennan sometió el memorando aquí citado al concluir un viaje por la América Latina en el invierno de 1950, justo al comenzar su gestión como asesor legal del Departamento de Estado de Estados Unidos. Precedido por el prestigio de ser autor del primer texto que justificó la Guerra Fría, resumía en ese pasaje la actitud general con que proponía que su país revisara su práctica política hacia América Latina y el Caribe. En ese y otros documentos y reuniones de la época, Kennan —que hoy se considera también fundador de la teoría “realista” de las relaciones internacionales— aportó decisivamente a las características fundamentales de dicha política desde la década de 1950.

Este texto resultó de un proyecto realizado de 2007 a 2008 con el apoyo del Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UPR. Un agradecimiento especial a mi ayudante de investigación, Loraixa Cuevas, cuyo trabajo resultó invaluable.

Este ensayo argumenta que —salvo los breves períodos de la Alianza para el Progreso (ca. 1960-1965) y la Política de Derechos Humanos identificada con el Presidente James Carter (1977- 1979) — de 1965 al 1976 y desde 1980, los gobiernos de Estados Unidos han mantenido una misma política hacia la región. Naturalmente, no se trata de que no hubiera cambio alguno, sino que los lineamientos principales de la política hacia la región han sido reiterados una y otra vez.

Un examen la bibliografía acerca del tema confirma que —contrario a los períodos mencionados de la Alianza y de Carter— para los años señalados no hubo ni ha habido intento de “bautizar” las políticas de los gobiernos de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe. Esta ausencia de nombre para las políticas de 1965 a 1976 y desde 1980

¹ Memorando de Kennan al Secretario de Estado, 29 de marzo de 1950, U.S., Department of State, *Foreign Relations of the United States*, 1950, Volume II (Washington, 1976), 598-624, cita de la 622. Énfasis añadido.

contrasta dramáticamente con la primera mitad del siglo XX, cuando se produjeron las políticas intervencionistas del “Gran Garrote” y la subsiguiente época de la “Política del Buen Vecino.” Tanto los gobiernos como los estudiosos sobre el tema parecen haber obviado este contraste.

No encontramos estudios sobre el tema que argumenten lo contrario: que sí se dio nombre a las políticas hacia la región durante los períodos señalados. La razón para ello no es tan clara. Aquí se examina la hipótesis de que se debe a que los gobiernos de Estados Unidos han mantenido una política muy similar a la articulada a mediados de siglo y proclamada fallidamente en 1954 como “Política del Buen Socio.” Como se explica más adelante, y en primer lugar, el Buen Socio afirmaría su hegemonía y procuraría una consistencia en las relaciones económicas en vez de la flexibilidad del Buen Vecino. En segundo lugar, incapaz de legitimar en la OEA su hegemonía económica, Washington favorecería las relaciones bilaterales en pro de sus objetivos económicos y de una “estabilidad política.” Finalmente, esto llevaría a un renovado intervencionismo y a la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales.

Naturalmente, una política internacional no puede ser declaradamente hegemónica, ni era posible renegar abiertamente del sistema internacional que apenas se había comenzado a construir desde 1945. Mucho menos aceptable resultaba en ese sistema recurrir al intervencionismo unilateral o reconocerse francamente antidemocrático. Por esas razones, porque no podían reconocerla, dicha política funcionó y ha funcionado “sin nombre.”

Esto ha resultado más dramático después del final de la Guerra Fría, entre 1989 y 1991. Hasta ese momento, la mayor parte de los estudios —sobre todo aquellos en inglés y mayormente de origen estadounidense— utilizaban el imaginario de la Guerra Fría, es decir el conflicto con la Unión Soviética, como criterio explicativo de las políticas hacia la región desde 1950. Luego del fin de Guerra Fría, no ha habido una teoría predominante y los que han prevalecido son los estudios descriptivos más que analíticos.

La argumentación se divide en dos partes. La primera es una breve reseña de la investigación bibliográfica y del examen e interpretación crítica de una selección de las fuentes secundarias y de algunas fuentes primarias impresas. La segunda parte de la argumentación consiste de un ensayo de periodización que constituye un “sistema de hipótesis” documentado. El mismo constituye una interpretación crítica tanto de los contenidos prácticos de las políticas como de las teorías e imaginarios que han prevalecido hasta el presente.

La política sin nombre: Resumen de la investigación

La investigación bibliográfica y el examen e interpretación crítica de una selección de las fuentes exploró, en primer lugar, si hubo o ha habido intentos de “bautizar” las políticas de los gobiernos de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe aparte de los períodos ya identificados. En segundo lugar, la investigación examinó y resumió la información e interpretaciones sobre dichas políticas. Debido a la abundancia de publicaciones de todo tipo sobre el tema, establecimos una serie de prioridades cónsonas con los objetivos de la investigación. En la práctica, sin embargo, tuvimos que ser todavía más selectivos para poder completar el proyecto en el tiempo disponible.

Terminamos fichando más de doscientas fuentes entre las cuales seguimos el orden de prioridades: privilegiamos los textos panorámicos y seleccionamos en las otras categorías las fuentes más representativas y disponibles. Algo parecido ocurrió con el segundo aspecto: interpretamos cronológica y críticamente más de la mitad de las fuentes fichadas, incluyendo casi todos los textos panorámicos y las otras fuentes más representativas de los diversos períodos.²

La bibliografía interpretada confirmó que —contrario a los períodos mencionados de la Alianza y de Carter— para los años 1965 a 1976 y desde 1980 no hubo ni ha habido intento de “bautizar” las políticas de los gobiernos de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe. Por supuesto, no encontramos estudios que argumenten que sí se dio nombre a las políticas hacia la región durante los períodos señalados. Una evaluación somera de los más de treinta textos panorámicos interpretados refleja, sin embargo, la gran diversidad de aproximaciones al tema y por tanto en las interpretaciones, incluyendo las periodizaciones.

La mayor parte, naturalmente, son en inglés y escritos por estadounidenses. La mayor parte son panorámicas históricas, buena parte escritas por historiadores.³ Encontramos, sin embargo, panorámicas históricas escritas por científicos políticos,⁴ sociólogos⁵ y al menos un economista (Aguilar) y un periodista (Raymont). Incluimos, sin embargo, estudios panorámicos del tema incluyendo diversas aproximaciones desde la ciencia política,⁶ una visión holística (Cockcroft) y al menos una mezcla de historia, testimonio y análisis político (Pastor). Todas las obras que se incluyen como textos panorámicos, sin embargo, cubren al menos parte de la época bajo estudio y hacen un examen al menos de los contenidos prácticos de las políticas estadounidenses durante ésta.

Aun entre las panorámicas históricas (casi dos terceras partes) encontramos una gran variedad desde diversos puntos de vista. Uno de ellos es *la manera de definir América Latina y el Caribe*. Los textos que se refieren sólo a América Latina tienden a excluir al Caribe anglófono y noindependiente.⁷ Aun los más exclusivos, sin embargo, tienden a incluir la invasión a Granada y la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, si cubren más allá de 1980. Por eso, también incluimos panorámicas que se refieren sólo al Caribe,

²Por cuestiones de espacio, no se incluye toda esta bibliografía. No obstante, la misma está disponible para su consulta. Sí se incluyen al final los textos panorámicos citados en las notas.

³Por ejemplo: Ayerbe, Boersner, Brewer, Coerver y Hall, García Muñoz, Gilderhus, LaFeber, Langley, Pike, Randall y Mount, Rodríguez Beruff, Gaddis Smith y Robert Freeman Smith.

Para no sobrecargar el texto con las fichas completas, en el caso de las panorámicas se cita sólo por apellido, excepto cuando se repite el mismo apellido (e.g. Smith). Si se cita a un sólo autor, se coloca entre paréntesis dentro del texto o cita el nombre completo. Las obras citadas del resto de la bibliografía, por supuesto, se citan completas y al calce.

⁴Por ejemplo: Connell-Smith, Schoultz y Peter Smith.

⁵Por ejemplo: Leonel Fernández, Ronald Fernández, Maingot y Pierre-Charles.

⁶Por ejemplo: Blasier, Kryzanek, Lowenthal y Molineu.

⁷Por ejemplo: Boersner, Coerver y Hall, Connell-Smith, Gil, Schoultz y Weeks.

usualmente al que llamamos “Caribe geopolítico,”⁸ aunque algunas se limitan al “Caribe insular”⁹ y al menos una se amplía al Gran Caribe.¹⁰

Igualmente, se encuentra *una gran diversidad en las épocas cubiertas*, comenzando con los que abarcan desde el siglo XIX¹¹ por lo que su discusión de la época de este estudio es más superficial. Algunos autores abarcan todo el siglo XX,¹² pero los más se dedican mayormente al período desde 1945.¹³ Varios de los clasificados en estas dos épocas, sin embargo, incluyen capítulos introductorios de épocas anteriores a la que dedican el libro.

Esta diversidad en las épocas cubiertas se refleja a su vez en *la gran variedad de periodizaciones de la época* bajo estudio. La mayoría suele discutir el período de 1945 a 1959-60 como una unidad; pero ahí termina la similaridad.¹⁴ Las décadas del cincuenta al ochenta se periodizan de forma tan variada que no hay agrupamientos posibles. Varios — sobre todo científicos políticos y sociólogos— organizan el texto cronológicamente hasta una época y culminan con una discusión temática.¹⁵ Como la segunda parte de este ensayo consiste de un ensayo de periodización,

esta variedad resulta un hallazgo revelador.

Resulta de particular interés como esta variedad se presenta también en las interpretaciones. Las mismas cubren un espectro desde aquellas más o menos justificatorias de las políticas de Estados Unidos, incluyendo narrativas presuntamente “neutrales” desde una perspectiva “realista,” hasta una diversidad de aproximaciones críticas, incluyendo varias antiimperialistas y entre estas algunas francamente radicales.

⁸Se refiere al Caribe insular, Centroamérica y Panamá; es el que adoptan, por ejemplo: Cortada y Cortada, Crassweller, Leonel Fernández, Langley, Maingot y Robert Freeman Smith.

⁹Es el que adoptan, por ejemplo: García Muñiz y Vega, Ronald Fernández, y Pierre-Charles.

¹⁰También conocido como “la Cuenca,” éste añade a Venezuela y por lo menos partes de Colombia y de México. Es el que adoptan, por ejemplo, Randall y Mount.

Para una discusión completa de las tendencias en las definiciones del Caribe aquí utilizadas, véase: Antonio Gaztambide, “*La invención del Caribe a partir de 1898 (Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico)*”, ensayo #1 de *Tan lejos de Dios ... Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos* (San Juan: Ediciones Callejón, 2006), pp. 29-58.

¹¹Por ejemplo: Aguilar, Brewer, Coerver y Hall, Connell-Smith, Pike y Schoultz; y uno (Boersner) aún antes.

¹²Por ejemplo: Cortada y Cortada, Ronald Fernández, Gilderhus, LaFeber, Langley, Maingot, Randall y Mount, Rayment, Rodríguez Beruff y Peter Smith.

¹³Por ejemplo: Ayerbe, Crassweller, Gaddis Smith, García Muñiz y Vega, Kryzanek, Lowenthal, Molineu, Pastor, Pierre-Charles, Poitras y Robert Freeman Smith.

¹⁴Algunas excepciones son, por ejemplo: Boersner, Coerver y Hall y Robert Freeman Smith.

¹⁵Entre los historiadores, esto se manifiesta también en Ayerbe y García Muñiz y Vega .

Entre las primeras prevalecen las escritas por estadounidenses, pero al menos se pueden incluir un par de autores de la región.¹⁶ Valga señalar, sin embargo, que prácticamente todos incluyen algún tipo de crítica a las políticas de Estados Unidos. Entre las aproximaciones más críticas tienden a prevalecer las de autores de la región, aunque en este caso también se pueden incluir algunos norteamericanos.¹⁷

Hay autores, sin embargo, cuyo eje temático constituye en sí mismo una propuesta interpretativa. Schoultz, por ejemplo, documenta cómo diversos prejuicios hacia América Latina han atravesado todas las políticas de Estados Unidos hacia la región desde el siglo XIX. Al menos uno de los autores (Molineu) hace un inventario de las diversas perspectivas desde las cuales se articularon las políticas y, por tanto, propone una interpretación algo “eclectica.”

Ahora bien, como este ensayo propone una interpretación crítica desde el punto de vista de la hegemonía, debe reseñar cómo utilizan algunos autores ese concepto así como el de imperialismo. Otro hallazgo revelador, que se discute también en la segunda parte, es el espectro entre autores que afirman o asumen la continuación de la hegemonía hasta los que aseguran que ha terminado. Más interesante aún resulta que en ambas posiciones hay autores de diversas posturas interpretativas.

Una porción considerable de autores obvian tanto el concepto de imperialismo como el de hegemonía, mayormente los estadounidenses.¹⁸ Michael Kryzanek utiliza el concepto “realista” de esfera de influencia, al igual que Federico Gil y Anthony Maingot. Los que obvian ambos conceptos tienden a posturas más o menos justificatorias de las políticas de Estados Unidos, pero esto ocurre también con uno de los autores más críticos, Walter LaFeber.

La utilización de uno o ambos conceptos es muy diversa y compleja, y naturalmente tiende a corresponder también con las posturas interpretativas. Encontramos autores que se refieren al imperialismo exclusivamente para referirse a la época intervencionista de las primeras décadas del siglo pasado, quienes tienden también a posturas más o menos justificatorias,¹⁹ pero entre éstos algunos bastante críticos como Frederick Pike y Lars Schoultz. También justificatorios tienden a ser aquellos que utilizan sólo el concepto de hegemonía y lo extienden hasta la época bajo estudio,²⁰ entre los cuales se destaca el caso de Guy Poitras, quien titula su libro *The Ordeal of Hegemony* (La penosa experiencia de la hegemonía).

¹⁶Por ejemplo: Brewer, Coerver y Hall, Gilderhus, Kryzanek, Langley, Lowenthal, Pastor, Joseph Smith y Weeks. Gil y Maingot no son estadounidenses.

¹⁷Por ejemplo: Aguilar, Ayerbe, Boersner, Leonel Fernández, García Muñiz y Vega, Pierre-Charles y Rodríguez Beruff. Grandin y LaFeber serían ejemplo de los segundos.

¹⁸Por ejemplo: Cortada y Cortada, Crassweller, Pastor, Raymond, Gaddis Smith y Robert Freeman Smith.

¹⁹Por ejemplo: Brewer, Coerver y Hall, y Peter H. Smith

²⁰Por ejemplo: Lowenthal, Randall y Mount, y Weeks.

Por el contrario, encontramos a los autores que extienden o aplican el concepto de imperialismo hasta la época bajo estudio, entre los que tienden a prevalecer las de autores de la región y las interpretaciones críticas.²¹ Encontramos entre éstos, sin embargo, a un autor relativamente “neutral” como Lester Langley. Ahora bien, tenemos que incluir también a algunos de los autores que distinguen entre imperialismo y hegemonía.

Se trata de aquellos para quienes la hegemonía es una nueva etapa del imperialismo, por contraposición al imperialismo colonialista o intervencionista. Este es el caso, por señalar los casos más claros, de Luis Fernando Ayerbe y Demetrio Boersner. Estas interpretaciones, como buena parte de la literatura sobre el tema realizada en la región, tienden a coincidir con la teoría del imperialismo como un fenómeno de raíces y continuidad económicas y con el imaginario del nacionalismo revolucionario de izquierda.²² Como en otras variantes, Frederick Pike constituye una excepción, pues utiliza el imperialismo como concepto principal hasta la época bajo estudio y la hegemonía sólo para ésta, pero no distingue entre ellos.

Por contraste, encontramos autores, todos estadounidenses, que utilizan ambos conceptos, pero con implicaciones distintas. Unos, como Mark T. Gilderhus y Lars Schoultz, que invierten la correlación: utilizan la hegemonía para explicar las dinámicas de largo plazo y el imperialismo exclusivamente para referirse a la época de comienzos del siglo pasado. Para otros, como Peter H. Smith, la hegemonía es un fenómeno “no imperialista.”

Este ensayo adopta una postura afín con la de Ayerbe y Boersner. Según Kenneth M. Coleman, hegemonía es “el establecimiento por una potencia dominante de los límites para el comportamiento de otros actores más allá de los cuales se apelaré al control directo por la fuerza.”²³ En sus orígenes en la obra de Antonio Gramsci, el concepto apuntaba a la transición del dominio de clase directo al indirecto, a través de la democracia representativa. Extendido a las relaciones internacionales, el término implica la continuación menos directa del dominio político y económico de los países periféricos por los centrales, no menos imperialista excepto bajo una definición estrecha de “imperio.”²⁴

²¹Por ejemplo: Aguilar, Leonel y Ronald Fernández, Grandin, Pierre-Charles y Rodríguez Beruff.

²²Sobre este último concepto, véase Antonio Gaztambide, “Hablemos de Cuba” en *historias vivas: Historiografía puertorriqueña contemporánea*, Eds. Antonio Gaztambide Géigel y Silvia Alvarez Curbelo (San Juan: historias (A.P.H.) y Posdata, 1996), pp. 193-197.

²³Ésta “implica una homeostasis impuesta, i.e., mientras el comportamiento de las partes subordinadas se mantenga dentro de los límites prescritos, no se apela al dominio por la fuerza.” En: “The Political Mythology of the Monroe Doctrine: Reflections on the Social Psychology of Hegemony,” en: *Latin America, the United States, and the Inter-American System*, Ed. John D. Martz and Lars Schoultz (Boulder, Colorado [Co.]: Westview Press, 1980), p. 96.

²⁴*Ibid.*, p. 110. (“El punto no es absolver a Estados Unidos de responsabilidad por comportamiento imperialista, sino más bien distinguir entre hegemonía e imperialismo.” - *Ibid.*, p. 96.) Para el uso original, véase: Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Ed. y trad. Quintin Hoare and Geoffrey Nowell Smith (Nueva York: International Publishers, 1971).

Véase la misma perspectiva, pero con enfoque en las manifestaciones culturales de la hegemonía bajo la rúbrica del “elitismo democrático,” en: Edward H. Berman, *The Influence of the Carnegie, Ford, and Rockefeller Foundations on American Foreign Policy: The Ideology of Philanthropy*, (Albany, N.Y.: State University of New York Press, 1983), pp. 26 y ss.

Es decir, el hegemón prefiere dominar por liderato o al menos consentimiento y la fuerza debe ser el último recurso, contrario al imperialismo colonialista o intervencionista.

Finalmente, y como se señala antes, es revelador el tema sobre la continuación, reducción o fin de la hegemonía. Las posturas tienden a corresponder también con las posturas interpretativas y, además, con las fechas de publicación. Entre aquellos que afirman o asumen la continuación de la hegemonía tienden a prevalecer las de autores de la región y las interpretaciones críticas.²⁵ Nuevamente encontramos entre éstos, sin embargo, a un autor relativamente “neutral” como Peter H. Smith.

El inventario de los que afirman una reducción debe tomar en cuenta aquellos cuyos trabajos antecedieron el fin de la Guerra Fría y los que argumentan la misma aún después del 1991 y hasta después de 2001.²⁶ Vale la pena mencionar aparte el caso de Michael Kryzanek, quien afirma que se ha reducido el poder de Estados Unidos en su “esfera de influencia.” Por último, encontramos sólo dos casos que aseguran fin del imperialismo (Langley) o de la hegemonía (Poitras), aunque ambos publicaron antes del fin de la Guerra Fría.

En resumen, nada más en los textos panorámicos encontramos una gran diversidad de aproximaciones y casi tantas variantes como autores. Esta variedad refleja el espectro encontrado en la bibliografía interpretada en general, parte de la cual se cita en la segunda parte. Por otra parte, resulta significativo que la narrativa de los “acontecimientos” principales que reflejaron las políticas de los gobiernos de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe es bastante parecida entre los autores interpretados, independientemente de las aproximaciones.

La política sin nombre: Ensayo de periodización

Se proponen siete (7) períodos en la evolución de la política hacia América Latina y el Caribe desde 1950. Originalmente, se trabajó con la idea de sólo cinco (5) períodos, a base de la hipótesis de un sólo período desde 1980. Uno de los resultados de la investigación —como reflejan los nombres de los períodos VI y VII— es la posibilidad de que la primera década post-Guerra Fría y el nuevo milenio sean claramente distinguibles de los años ochenta. Es así que la propuesta de periodización, y por lo tanto la organización de este ensayo, queda de la siguiente manera:

I - 1950-1960 - Articulación, proclamación y desprestigio del “Buen Socio”

II - 1960-65 - **Alianza para el Progreso**

III - 1965-1976 - política sin nombre (Contrainsurgencia y defensiva)

IV - 1977-79 - **Política de Derechos Humanos**

V - 1980-89 (91) - política sin nombre (Contraofensiva y neoliberalismo)

²⁵Por ejemplo: Aguilar, Ayerbe, Ronald Fernández, García Muñiz y Vega, Grandin y LaFeber.

²⁶Entre los primeros, por ejemplo: Connell-Smith, Leonel Fernández y Rodríguez Beruff, y entre los segundos Boersner, Coerver y Hall, Gilderhus y Pike.

VI - 1991-2000 - ¿Más de lo mismo? (La ofensiva del libre comercio)

VII - 2001 - ¿Más de lo mismo? (La guerra contra el terrorismo)

Por otra parte, hay que tener presente el alto grado de continuidad en determinados aspectos de las políticas hacia la región. En todos, énfasis en los elementos de cambio y continuidad. A todos los períodos intento darles atención comparable, aunque hay algunos de más duración y complejidad.

I - 1950-1960 - Articulación, proclamación y desprestigio del “Buen Socio”²⁷

La unidad de los gobiernos latinoamericanos logró, entre 1947 y 1948, sustituir el panamericanismo unilateral de la Doctrina Monroe con unas relaciones interamericanas multilaterales. Como una concesión a esa unidad, y en el contexto de la Guerra Fría, se aprobó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y se creó la Organización de Estados Americanos. Por otra parte, la oposición latinoamericana a la dependencia económica se intensificó. Mientras se imposibilitaba un acuerdo económico en la reunión que creó la OEA en 1948, la región obtuvo en Naciones Unidas la constitución de una Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

Frente a las protestas y maniobras de Washington, la región optó por la CEPAL como una alternativa más adecuada para la defensa de sus intereses que el Consejo Económico y Social de la OEA. Aunque no todos los gobiernos apoyaran el desarrollo autosostenido, sí tenían un consenso sobre la deseabilidad de la industrialización. La CEPAL justificaba, además, la intervención del estado para ayudar a financiar y proteger las industrias nacionales. La ayuda internacional al desarrollo se plantearía, entonces, en términos de fuentes de financiamiento gubernamental.

Todo lo anterior fue interpretado como una amenaza a la hegemonía estadounidense sobre la región. En parte como reacción a las ideas y tendencias representadas por la CEPAL, el gobierno presidido por Harry Truman articuló alrededor de 1950 una nueva política hacia América Latina, aunque la misma sería bautizada en 1954 por el presidente Dwight D. Eisenhower como Política del Buen Socio. En primer lugar, el Buen Socio afirmaría su hegemonía y procuraría una consistencia en las relaciones económicas en vez de la flexibilidad del Buen Vecino. En segundo lugar, incapaz de legitimar en la OEA su hegemonía económica, Washington favorecería las relaciones bilaterales en pro de sus objetivos económicos y de una "estabilidad política." Finalmente, esto llevaría a un renovado intervencionismo y a la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales.

Después de muchas discusiones internas y debates públicos, la elite de la política exterior se unificaría —bajo la Ley de Seguridad Mutua de 1951— en la política

²⁷Esta sección es un resumen de Gaztambide, “The Road to Developmentalism: The transition from the Good Neighbor to the Good Partner in U.S. Latin American Policy, 1946-1954,” Tesis doctoral, Universidad de Princeton, 1986. El mismo aparece mucho más detallado, incluyendo otros aspectos de la tesis, en Gaztambide, *Tan lejos de Dios ...*, ensayos 5 y 6.

agresivamente hostil hacia el desarrollo autosostenido que prevalecería hasta fines de la década. Aunque todo esto se produjo bajo la llamada "ideología de la Guerra Fría," esta no fue sino un discurso para reconstituir la hegemonía de la elite de poder en Estados Unidos en un sistema profundamente conservador. Eliminada la izquierda socialista del espectro político del país, la elite gobernante constituyó una alianza conservadora, dividida desde entonces en "demócratas moderados" y "republicanos liberales." Tildaron así de "izquierda" a los liberales novotratistas y bautizaron a la derecha reaccionaria como meros "conservadores."

Esta situación se reflejó en la primera etapa del Buen Socio. El gobierno del general Eisenhower continuó y fortaleció las tendencias en curso al final del de Truman. Descartando las advertencias sobre la importancia de los temas económicos para todos los países latinoamericanos, John Foster Dulles acudió en marzo de 1954 a la Décima Conferencia de Estados Americanos en Caracas obstinado en empujar una resolución anticomunista. A través de negociaciones bilaterales imperiosas, Dulles impuso una resolución contra Guatemala que vinculó el anticomunismo con la negativa a discutir los problemas económicos. La única concesión importante fue aceptar la convocatoria a una conferencia económica en Brasil más tarde ese mismo año.

En el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, la elite de la política exterior estadounidense utilizó la intervención unilateral para afirmar su hegemonía indisputada sobre el hemisferio junto a una afirmación de la Doctrina Monroe que negaba el derecho de los estados americanos de apelar a la ONU. La geopolítica de Caracas y Guatemala, así como la ofensiva para estandarizar militarmente la región con normas y equipos estadounidenses, llevó a uno de los desastrosos más sintomáticos y recordados de la política latinoamericana de esos años: la condecoración del dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez con la Legión del Mérito en noviembre de 1954.

Enfrentada a un informe conciliatorio de la CEPAL en la reunión económica de Río, la intransigencia de la delegación estadounidense se dramatizó en la posición del Secretario del Tesoro, George M. Humphrey. La proclamación por el presidente Eisenhower de una Política del Buen Socio, en carta leída a la conferencia por el Secretario, identificó aún más esa política con la posición de éste. Finalmente, la visita de Humphrey a Venezuela en su camino de regreso se convirtió en un símbolo de la economía política de esta primera etapa del Buen Socio.

Durante el segundo cuatrienio de Eisenhower se produjeron cambios en los que hubo una cierta dimensión generacional. Pero los mismos no fueron un mero pase de batón; la nueva actitud de la elite de la política exterior era sintomática de otros cambios económicos, geopolíticos, e ideológicos. En primer lugar, la multinacionalización del capital despegó dramáticamente durante los años cincuenta. En segundo término, cambios geopolíticos aceleraron la adopción de la industrialización como programa de expansión, lo que reconstituyó la unidad de la burguesía internacional y, por tanto, fortaleció la influencia de las multinacionales en la elite de la política exterior.

En tercer lugar, Max Millikan y Walt Rostow —preocupados primordialmente con una "nueva" Guerra Fría en Asia— endosaron desde el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) la industrialización de esa región en una propuesta circulada entre la

elite de la política exterior en 1956 y publicada al año siguiente. Entre 1958 y 1960, Rostow amplió la legitimación académica a todos los países periféricos con su célebre manifiesto "no comunista": *Las etapas del crecimiento económico*.²⁸

Finalmente, sin embargo, los cambios en la actitud de Washington fueron precipitados por las amplias luchas anti-dictatoriales en el Caribe, sobre todo por la caída de Pérez Jiménez en enero de 1958 y los motines contra el vicepresidente Nixon en Caracas poco después. El éxito aparente de la política de Humphrey terminó por minar económica y políticamente las fuerzas que parecían favorecerla. El deterioro de las economías latinoamericanas frente a la estadounidense se percibió entonces como resultado de la primera etapa del Buen Socio.

II - 1960-65 - Alianza para el Progreso

El gobierno presidido por John F. Kennedy heredó del anterior dos aspectos de la política hacia América Latina y el Caribe que marcarían, no sólo los años inmediatos, sino hasta cierto punto dos elementos de continuidad en dicha política hasta el presente. El primero fue el cambio en la actitud hacia la idea y ciertas prácticas del desarrollo económico;²⁹ el segundo las políticas básicas hacia la Revolución Cubana. En ambos casos, sin embargo, el gobierno de Kennedy consolidó las tendencias expresadas hacia finales del gobierno de Eisenhower.

Ha habido una fuerte tendencia a interpretar la Alianza para el Progreso como una mera reacción o respuesta a la Revolución Cubana.³⁰ Por el contrario, ambas fueron resultado del desprestigio de la primera etapa del Buen Socio. Las luchas antidictatoriales se fortalecieron con el desprestigio socioeconómico de los dictadores y el apoyo de las crecientes burguesías asociadas. Al mismo tiempo, el prestigio de la CEPAL creció, ya que su apoyo más sistemático venía de los regímenes populistas y democráticos de Suramérica y sus análisis parecían explicar precisamente lo que estaba ocurriendo. El proceso que siguió —y en especial la Revolución Cubana— completaría la transición a la Alianza para el Progreso.

Desde su proclamación el 13 de marzo de 1961, la Alianza propuso lo que podemos llamar un pacto desarrollista. La misma constituía un plan de cooperación de diez años, incluyendo un “esfuerzo masivo de planificación,” la reiteración de un fondo inicial de \$500 millones, el apoyo a la integración y otras propuestas económicas, educativas,

²⁸Max F. Millikan y Walt W. Rostow, *A Proposal: Key to an Effective Foreign Policy* (Nueva York: Harper and Brothers, 1957); Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, 15ta. reimp. (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1967; orig. en 1960). El libro tuvo su origen en una serie de conferencias dictadas en el otoño de 1958 en la universidad que las publicó.

²⁹Véase, por ejemplo, Piki Ish-Shalom, “Theory Gets Real, and the Case for a Normative Ethic: Rostow, Modernization Theory, and the Alliance for Progress,” *International Studies Quarterly* 50, no. 2 (2006): 287-311.

³⁰Véase, por ejemplo, Gilderhus, pp. 172-173, y Peter H. Smith, p. 136, entre otros.

científicas y sociales.³¹ El cambio más dramático respecto al gobierno anterior, sin embargo, no fue en el ámbito económico, sino en el político.

Lo que permitió bautizar y ha mantenido vivo el nombre de la Alianza fue su compromiso con la democracia y el cambio social. Antes, a través y al final de las propuestas económicas, la propuesta de Kennedy suponía instituciones democráticas y cambios en las estructuras sociales. Por ello, y a pesar de la gran variedad en los años que se le atribuyen a la vigencia de la Alianza,³² aquí propongo que se extendió desde su proclamación hasta la invasión de la República Dominicana en abril de 1965.

No se trata de que fuera una invasión, pues veremos que la continuidad intervencionista ya se había reiterado de sobra frente a la Revolución Cubana. Se trata de que, como también veremos, la democratización de la República Dominicana se había convertido en la prueba de fuego del compromiso con la democracia. En el ámbito económico, sin embargo, la Alianza tuvo más éxito que el que muchos le han reconocido.³³

La mayor parte reconoce que los objetivos eran demasiado abarcadores y que no fueron adoptados por buena parte de las elites gobernantes de la región. Lo que pasan por alto es que el “esfuerzo masivo de planificación” sería coordinado conjuntamente por la OEA, la CEPAL y el Banco Interamericano para el Desarrollo (BID). Ello implica que la elite de la política exterior estadounidense se reconcilió con el cepalismo y aceptó la industrialización apoyada tanto por los estados individuales como por los esfuerzos multilaterales. A cambio, las burguesías latinoamericanas aceptaron una mayor participación del capital privado estadounidense en el proceso. No se debe subestimar la importancia y alcance de ambas concesiones.

Poco de un mes después de proclamar la Alianza, en abril de 1961, Washington intentó invadir a Cuba por la Bahía de Cochinos pero fracasaron en lo que la historia cubana llama Playa Girón. Un operativo —que pretendía reproducir el realizado contra Arbenz en 1954— utilizando exiliados cubanos reclutados, entrenados, armados, transportados y dirigidos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) pretendió acabar por esa vía con la Revolución Cubana. En ese sentido, se mantuvo la intervención militar como instrumento de su política interamericana.

El gobierno de Kennedy heredó el operativo de Playa Girón del gobierno anterior, así como la política de abierta hostilidad y agresión contra el régimen cubano expresada en

³¹Véase: *Public Papers of the Presidents of the United States*, John F. Kennedy, 1961 (Washington: United States Government Printing Office, 1961), pp.170-175.

³²Sus principales estudiosos contemporáneos le reconocieron la década completa (Jerome Levinson y Juan de Onís. *The Alliance That Lost Its Way; a Critical Report on the Alliance for Progress*. Chicago: Quadrangle Books, 1970), pero casi ningún otro autor le da vigencia real más allá de 1968. Véase, por ejemplo, Kryzanek, p. 76.

³³Otros de los estudiosos contemporáneos la daban por fracasada a mitad de camino (John Warren Nystrom y Nathan A. Haverstock, *The Alliance for Progress, Key to Latin America's Development*. Princeton, N.J.: Van Nostrand, 1966). Así mismo, véase los autores citados en las notas 30 y 32, entre otros.

el bloqueo económico (llamado “embargo” para evadir su carácter agresivo) y el rompimiento de relaciones diplomáticas, justamente días antes de la juramentación. El nuevo gobierno, sin embargo, reaccionó al fracaso en la Bahía de Cochinos escalonando la intervención presuntamente “secreta” contra Cuba, incluyendo los múltiples atentados contra la vida de Fidel Castro, hoy ampliamente documentados.

En ese sentido, y en la medida en que los cambios en la política hacia Cuba han sido de grado pero no de contenido, la reiteración del intervencionismo se ha mantenido como parte de la política hacia América Latina y el Caribe hasta el presente.

Lo que sí se logró durante los años de Kennedy fue el casi total aislamiento de Cuba del resto de los gobiernos del hemisferio. No obstante, ello no se logró hasta que Washington se comprometió con la democratización de la República Dominicana, a partir de ajusticiamiento de Rafael Leonidas Trujillo en 1961, y la aprobación de la Carta de Punta del Este en 1962, que hizo de la Alianza un programa de la OEA. En esa reunión lograron excluir a Cuba de la OEA, pero no fue hasta dos años más tarde que la mayor parte de los gobiernos de la región se unieron al bloqueo económico.

Por esa razón, la relativa inacción del gobierno de Kennedy ante el derrocamiento en 1963 del gobierno democráticamente electo presidido por Juan Bosch, y mucho más la invasión de la República Dominicana en abril de 1965 para evitar la restitución del gobierno de Bosch por una rebelión constitucionalista, terminaron simbolizando el fin del compromiso democrático de la Alianza.³⁴ En resumen de Peter Smith, “El fracaso más impresionante de la Alianza para el Progreso ocurrió en la esfera política. En vez de la promover y consolidar gobiernos civiles reformistas; los años sesenta vieron una proliferación de golpes militares a través de la región.”³⁵

III - 1965 - 1976 - política sin nombre (Contraingurgencia y defensiva)

La invasión de la República Dominicana en abril de 1965, a comienzos del gobierno para el que había sido electo Lyndon B. Johnson, no sólo simbolizó el fin del compromiso democrático de la Alianza sino que vino precedida de la renuncia a tal compromiso. Naturalmente, la misma no apareció en documento público alguno sino en lo que terminó bautizado como la “Doctrina Mann.” Basada en la orientación de Thomas C. Mann, nuevo Secretario Auxiliar de Estado para Asuntos Interamericanos, a una reunión de embajadores, reportada en marzo de 1964, la misma reiteraba varios aspectos de la política anterior, incluyendo la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales.³⁶

La otra característica de la Alianza que se desprestigió con la invasión de Dominicana fue su presunto multilateralismo. Al imponerle a la OEA la legitimación de la invasión de Dominicana, el gobierno de Johnson debilitó esa esfera multilateral y posteriormente el resto de la agenda de cooperación de la Alianza.³⁷ El abandono del

³⁴Véase, por ejemplo, Coerver y Hall, pp. 130-134;

³⁵Peter H. Smith, p. 142.

³⁶Véase Levinson y Onís, p. 88, entre otros, como Ayerbe, pp. 135-36; Gilderhus, p. 187; . LaFeber, cap. 3 ; Joseph Smith, p. 125 y Peter H. Smith, p. 144.

³⁷Kryzanek, p.69 (y - The End of the Alliance for progress p. 76), LaFeber, cap. 3 ;

multilateralismo se afianzó aún más durante los gobiernos presididos por Richard M. Nixon (1969-1974) y Gerald Ford (1974-1976).

El contexto fue el debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos en América y el resto del mundo desde finales del gobierno de Johnson. Sobre todo a partir de 1968, se desató una “Revolución Cultural mundial” que comenzó en el propio Estados Unidos. El movimiento de derechos civiles afroamericano abonó tanto a un feminismo renacido como al movimiento estudiantil contra la Guerra de Vietnam, pasando por los hippies y la cultura de la droga, y culminando en las rebeliones del Poder Negro y otros grupos etno-culturalmente subordinados (nativos, chicanos y puertorriqueños).³⁸

Aunque la Revolución impugnaba los valores del capitalismo y en general a las grandes potencias, el punto de mayor consenso fue la oposición a la Guerra de Vietnam. Dicha guerra tuvo un costo inmenso para Estados Unidos, primero económicamente, culminando con la devaluación del dólar en 1971, y luego geopolíticamente, al producirse la derrota en 1973. En ese contexto, se produjo un viraje dramático en la política internacional identificado con las propuestas “realistas” de Henry Kissinger, primero asesor de Seguridad Nacional y luego Secretario de Estado.³⁹ Entre otras muchas cosas, la Revolución aceleró el auge del tercermundismo incluyendo a los gobiernos de América Latina y el Caribe.

Con el gobierno de Nixon, comenzó la práctica de sustituir la enunciación formal o confidencial de una política por la realización de comisiones “oficiosas” que recomendaran al menos parte lo que el gobierno quería hacer de todas maneras. Tal fue el caso de la “misión” encabezada por Nelson A. Rockefeller muy mencionada por la mayor parte de los autores. Asesorado por docenas de representantes de todos los sectores y de prácticamente todos los campos, la misión realizó cuatro viajes por cada una de las repúblicas de la región.⁴⁰

Aunque había optado por la gobernación de Nueva York diez años antes, Rockefeller venía precedido por el prestigio de ser, por una parte, un pionero en las propuestas que luego encontrarían cauce en la Alianza para el Progreso; por otra, el primero en utilizar el concepto de “socios” en un informe solicitado por el gobierno de Truman y que sirvió de trasfondo a la transición al Buen Socio.⁴¹ Aunque este informe abordaba prácticamente todos los aspectos de la vida social y proponía algún tipo de cooperación en cada una, mantuvo la retórica de la “relación especial,” y su efecto neto fue legitimar una reiteración más articulada de las características generales de la política del Buen Socio.

³⁸Véase Antonio Gaztambide, *“La Revolución Cultural mundial” en historias vivas.*

³⁹Véase, entre otros, Ayerbe, capítulo 5.

⁴⁰*The Rockefeller Report on the Americas; the Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere* (Chicago Quadrangle Books, 1969), pp. 5-14.

⁴¹International Development Advisory Board, *Partners in Progress: A Report to President Truman by the International Development Advisory Board* (s. l.: Simon and Schuster, [1951].)

En primer lugar, debilitada su hegemonía política, procuró preservar su hegemonía económica a través del pacto desarrollista con las elites regionales que se había fraguado en la Alianza. La sección sobre el desarrollo, por mucho la más extensa del informe, tenía el efecto neto de recomendar que los gobiernos enfatizaran en fortalecer las iniciativas privadas.⁴² En efecto, el informe reiteró el concepto de “sociedad” y efectivamente resultó premonitorio del aumento geométrico de la multinacionalización económica en los años setenta, a lo que bautizaron “desarrollismo” Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en su ya clásico estudio.⁴³

En segundo lugar, el informe reiteró el debilitamiento del multilateralismo y le dio igual nivel a las relaciones bilaterales en una sección mínima sobre el tema.⁴⁴ En efecto, el gobierno de Estados Unidos reaccionaba a la sustitución de la OEA con una proliferación de organizaciones regionales y subregionales que excluían a Estados Unidos.⁴⁵ A pesar de que el presidente Nixon recogió el concepto de un “nuevo tipo de sociedad” y anunció retóricamente un mayor énfasis en la cooperación multilateral y la liberalización comercial, la práctica fue en el sentido contrario.⁴⁶

En tercer lugar, el informe reiteró, esta vez públicamente la “Doctrina Mann” de la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales. El mismo se refirió, por una parte, a los “nuevos militares” y, por otra, recomendó una mayor tolerancia a la “diversidad política” (sin incluir a Cuba, claro está) y un énfasis en la seguridad, incluyendo un aumento en la ayuda militar de todo tipo.⁴⁷ Esto reforzó, de una parte, la estrategia de contrainsurgencia que se desató en la práctica desde los años de Johnson, sustituyendo la intervención militar directa con el apoyo a los militares, incluyendo destacadamente a los regímenes “autoritarios de nuevo tipo en Brasil y el Cono Sur.”⁴⁸ De otra parte, el gobierno de Nixon intensificó el intervencionismo “secreto,” doméstico e internacional, a través del FBI y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), destacadamente en la cooperación y

⁴²*The Rockefeller Report*, pp. 65-101. Entre los autores que destacan la importancia del informe, véase, por ejemplo, Langley, *America and the Americas*, pp. 218-221; Raymont, pp. 182-190; y casi todos los que se citan en las notas que siguen.

⁴³*The Rockefeller Report*, pp. 66 y 144; la segunda es la última y parte de las recomendaciones más generales. Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: Ensayo de interpretación sociológica*, 14ta. ed., corr. y aum. (México: siglo xxi, 1978), capítulo VI (Conclusiones) y "Postscriptum," pp. 130-213. Véase también, por ejemplo, Grandin, capítulo 5.

⁴⁴*The Rockefeller Report*, pp. 50-55.

⁴⁵Véase, entre otros, Ayerbe, pp. 177-183; Boersner, capítulo 10, y Langley, *The United States and the Caribbean*, pp. 253-261.

⁴⁶Véase, entre otros, Coerver y Hall, p. 139; y Kryzanek, p. 78;

⁴⁷*The Rockefeller Report*, pp. 32-33 y 57-65.

⁴⁸Aunque casi todos los autores citados destacan este aspecto, tanto del informe como de la práctica, véase particularmente: García Muñiz y Vega, sobre todo el capítulo 4 (pp. 118-119); LaFeber, capítulo 4 (pp. 197-204); Peter H. Smith, capítulo 4; y Augusto Varas, “Hemispheric Relations and Security Regimes in Latin America,” en *Hemispheric Security and U.S. Policy in Latin America*, Editado por Augusto Varas (Boulder, San Francisco, & Londres: Westview Press, 1989), pp. 33-66.

beneplácito con la desestabilización y el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, presidido por Salvador Allende en Chile de 1970 a 1973.⁴⁹

Después de la renuncia de Nixon en 1974, Gerald Ford le sustituyó con Nelson Rockefeller como vicepresidente y Henry Kissinger continuando como Secretario de Estado. Aún antes, se habían manifestado algunas tendencias de cambio en la política hacia América Latina y el Caribe. Los más significativos fueron el establecimiento de las bases para la renegociación del tratado del Canal de Panamá, las conversaciones dirigidas al restablecimiento de relaciones directas con Cuba y en general una actitud más cálida y respetuosa hacia la región aún del propio Kissinger, quien hasta entonces le había restado importancia.⁵⁰ Reveladoramente, entre sus primeros pronunciamientos de cambio, este último anunció en 1974 que seguirían “la política del buen socio.”⁵¹

IV - 1977 - 1979 - Política de Derechos Humanos

La iniciativa más significativa, sin embargo, fue una privada, pero de carácter bipartidista y multinacional, en la cual un sector de elite de la política exterior logró articular una propuesta de cambio significativo y que resultaría sumamente influyente en el próximo gobierno. Sol M. Linowitz, ex-embajador ante la OEA, encabezó un grupo de veinte figuras notables, no tan diverso como la “misión Rockefeller.” Sesionaron durante 1974 y 75, produciendo un informe más conciso y menos abarcador que el anterior.⁵²

Las recomendaciones más notables del “Informe Linowitz” fueron aquellas que propusieron una revisión de las tendencias generales de la política del Buen Socio, rechazando la retórica de la “relación especial.” Establecía un nuevo contexto “global” de transición del mundo bipolar de la Guerra Fría a un mundo multipolar, con la emergencia de los poderes económicos de Europa y Japón. En ese sentido representó el intento más serio de proponer una política consistente tanto en lo político como en lo económico, aunque reiterando la primacía de lo segundo y en ese sentido el mismo objetivo de preservar la hegemonía económica.⁵³

Específicamente, el informe rechazó tanto el intervencionismo de todo tipo, unilateral o “secreto,” así como la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes militares y las violaciones flagrantes de los derechos humanos. Propuso la normalización de las relaciones con Cuba en el contexto de un verdadero respeto a la diversidad en el hemisferio, la renegociación de los Tratados del Canal de Panamá a partir de las bases ya establecidas y un énfasis en el multilateralismo, trabajando principalmente a través de la

⁴⁹Casi todos los autores también abordan el tema, véase la discusión en Gilderhus, pp. 192-201; Schoultz, pp. 360-362 y Gaddis Smith, pp. 132-137 (tres de los pocos que ni siquiera mencionan a Rockefeller) y Langley, *America and the Americas*, pp. 221-227.

⁵⁰La discusión más extensa aparece en Raymont, capítulo 9.

⁵¹Citado por Coerver y Hall, p. 142; en minúsculas en el original.

⁵²Commission on United States-Latin American Relations, *The Americas in a Changing World: A Report of the Commission on United States-Latin American Relations* (New York:Quadrangle, 1975). El informe como tal tiene sólo cincuenta páginas, pero se incluyó una selección de las ocho ponencias más influyentes.

⁵³*Ibid.*, pp. 11-13, 14-19 y 20-23.

OEA.⁵⁴ Después de una breve sección sobre las relaciones culturales, la extensa parte de las económicas, sin embargo, llamaba a unas relaciones más equitativas al mismo tiempo que reiteraba la primacía del capital privado y sobre todo las compañías multinacionales.⁵⁵ El gobierno presidido por James “Jimmy” Carter hizo suyas casi todas las recomendaciones del Informe Linowitz e incorporó además a algunos de sus miembros.⁵⁶ Después de discusiones en el Consejo de Seguridad Nacional, el Presidente anunció su política en un discurso de abril de 1977.⁵⁷ El mayor énfasis del discurso, y de la política interamericana e internacional de Carter, fue en la defensa y promoción de la democracia y de los derechos humanos, por lo que muchos la designaron como “Política de Derechos Humanos.”⁵⁸ Durante los primeros tres años, su gobierno fue consistente, cortando toda ayuda a los gobiernos más notoriamente dictatoriales y promoviendo los derechos humanos a nivel multilateral, notablemente en la OEA.

Aún antes de anunciar su política, el gobierno de Carter se embarcó en su iniciativa a la vez más perdurable y más controversial: los Tratados del Canal de Panamá. Renegociando los tratados previos en menos de seis meses, los dos gobiernos firmaron dos nuevos, conocidos desde entonces como los “Tratados Torrijos-Carter,” firmados en septiembre de 1977. El primero se comprometió a una larga transición de administración conjunta del Canal y de devolución progresiva de la “Zona” a ambos lados, culminando con la devolución total a fines de 1999. El segundo mantenía el derecho de Estados Unidos a intervenir en defensa del Canal.⁵⁹

Aunque la Comisión había recomendado la completa normalización de relaciones, la otra acción perdurable del gobierno fue el restablecimiento de relaciones directas con Cuba a través de la reapertura de sus embajadas como “secciones de intereses,” evitando así el reconocimiento diplomático completo. Ello implicó, entre otras cosas, los viajes y envío de remesas de la comunidad cubana en Estados Unidos a Cuba y la liberalización de los intercambios académicos y culturales entre ambos países. La intervención de Cuba frente a Suráfrica en Angola y la denuncia de una supuesta “brigada” militar soviética en Cuba, entre otros factores, malograron cualquier posibilidad de mayor cooperación.⁶⁰

Además de ser parte de las iniciativas que le precedieron, las relaciones con Cuba eran parte de un intento de trascender el imaginario de la Guerra Fría, pero otras

⁵⁴*Ibid.*, pp. 24-40.

⁵⁵*Ibid.*, pp. 41-42 y 43-59.

⁵⁶No muchos autores mencionan el Informe, pero entre ellos es significativo Robert Pastor (p. 42) cuyo libro resulta una mezcla de estudio y testimonio ya que fue miembro de la Comisión y luego director sobre la región en el Consejo de Seguridad Nacional.

⁵⁷Véase: *Public Papers of the Presidents of the United States*, Jimmy Carter, 1977 (Washington: United States Government Printing Office, 1977), Book I, pp. 611-616. Sobre el proceso y el discurso, véase el libro de Pastor (pp. 42 y ss.).

⁵⁸Todos los autores que cubren este gobierno enfatizan en esto, pero se destaca, además de Pastor, Lars Schoultz, quien dedicó un libro al tema poco después: *Human Rights and United States Policy Toward Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 1981).

⁵⁹Este es el otro tema que enfatizan casi todos los autores. Véase en particular la extensa discusión de Gaddis Smith, pp. 141-149. Smith, por cierto, dedicó un libro completo a la diplomacia general de Carter.

⁶⁰Aunque algo menos, el tema se destaca en muchos autores. Véase en particular: Pastor (pp. 48-50) y Gaddis Smith (pp. 149-152).

situaciones en la región y el mundo dieron al traste incluso con la preciada defensa de la democracia y de los derechos humanos.

A nivel mundial, la invasión soviética de Afganistán y la ocupación de la embajada de Washington en Irán por radicales islámicos del nuevo gobierno, entre otros factores, aumentaron la percepción de un deterioro aún mayor del poder de Estados Unidos. En la región, la amenaza y luego el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua en 1979, y la posibilidad de un evento comparable en El Salvador, produjeron inconsistencia y ambigüedad en el gobierno de Carter desde relativamente temprano.⁶¹ Por eso finaliza este periodo de la “Política de Derechos Humanos” en 1979.

V - 1980-89 (91) - política sin nombre (Contraofensiva y neoliberalismo)

Ningún gobierno de Estados Unidos, ni siquiera el de Eisenhower, seguiría las características generales de la política del Buen Socio tan abierta y agresivamente como el presidido por Ronald Reagan. Convencidos de que el deterioro en la hegemonía había alcanzado niveles inaceptables, la elite de la política exterior se inclinó a darle una oportunidad a la extrema derecha del Partido Republicano. Reagan, entonces gobernador de California, se había convertido en su principal portavoz desde los primeros debates sobre el Canal de Panamá en tiempos de Kissinger.⁶²

Como en las ocasiones anteriores, el cambio fue precedido por una comisión “oficiosa,” esta vez la que produciría lo que se conocería como el “Informe de Santa Fe.” Dicho informe contradecía prácticamente todos los aspectos del Informe Linowitz y particularmente la Política de Derechos Humanos.⁶³ Otro documento influyente fue el artículo “Dictatorships and Double Standards” de Jeanne Kirkpatrick, quien resultó nombrada embajadora ante la ONU. En este se defendía abiertamente la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales.⁶⁴

El gobierno de Reagan, sin embargo, no necesitaba justificar lo que había interpretado como un mandato de revitalizar la economía de Estados Unidos y de reafirmar su hegemonía a base de una combinación de las políticas y el discurso neoliberales y de una reavivación artificial de la Guerra Fría. Estos se complementaban, pues la segunda legitimaba escalar el presupuesto militar para estimular la economía y la primera justificaba liberalizar los controles gubernamentales sobre el sector financiero para

⁶¹Sobre este cambio hay también consenso entre muchos autores. Véase en particular: Pastor (pp. 50-56) y Gaddis Smith (pp. 152 -160). Para una crítica temprana, véase: Richard R. Fagen, “The Carter Administration and Latin America: Business As Usual?,” *Foreign Affairs* v. 57 , no. 3 (1978): 652-69.

⁶²Gaddis Smith (pp. 148 y ss.).

⁶³Committee of Santa Fe, *A New Inter-American Policy for the Eighties* (Washington, D.C.: Council for Inter-American Security, 1980). Véase la traducción en Gregorio Selser, *El Documento De Santa Fe, Reagan y Los Derechos Humanos* (México, D.F. Alpa Corral, [1988]), pp. 21-86.

⁶⁴“Dictatorships and Double Standards,” *Commentary*, 68 (November 1979): 34-45. Véase en particular el destaque del mismo en Gaddis Smith, pp. 162-165.

generar, además, un crecimiento especulativo. El resultado fue una contraofensiva agresiva y truculenta, comparable sólo a las políticas intervencionistas de comienzos de siglo.⁶⁵

Y fue precisamente en el intervencionismo y en la tolerancia, sino el apoyo abierto, de regímenes dictatoriales que más temprano y más intensamente reafirmaron su hegemonía. El escenario fue precisamente lo que se conoció como la “Crisis Centroamericana,” centrada en la Revolución Sandinista en Nicaragua y la posibilidad de un evento comparable en El Salvador. En este segundo país, Washington apoyó económica y militarmente a los sectores más extremistas de la elite y el ejército para intentar derrotar la insurgencia encabezada por el Frente Farabundo Martí, aún a costa de las peores violaciones de los derechos humanos.⁶⁶

La política hacia Nicaragua, a su vez, fue el más notorio y abierto intervencionismo desde que desataron su furia contra la Revolución Cubana. Y precisamente las acciones contra la Revolución Sandinista siguieron un paralelo a las seguidas contra Cuba, aunque actualizadas. En general, la estrategia era de una desestabilización que llevara a un colapso del proceso. Por una parte, se estableció un virtual bloqueo económico, promoviendo la descapitalización, y ello se combinó con acciones “secretas” de la CIA como actos de sabotaje y el minado de bahías y ríos. Por otra parte, lo más innovador fue evitar una invasión directa como la de Playa Girón, creando y apoyando grupos contrarrevolucionarios que aplicaron la estrategia de las guerrillas contra un gobierno ex-guerrillero: acciones de desgaste desde las fronteras con Honduras.⁶⁷

Toda esta política se desarrolló, no sólo con el más absoluto unilateralismo, sino en abierto desafío del sistema multilateral, el derecho internacional y la Corte Internacional de Justicia, y hasta una poco disimulada violación de la constitución y legislación vigente en Estados Unidos. Suplementaron lo antedicho de dos maneras, primero amenazando con invadir directamente a Nicaragua o hasta Cuba, a través de masivas maniobras de tierra y mar. En segundo lugar, invadieron la isla de Granada, con la excusa de que representaba una amenaza cubano-soviética y un mal disimulado taparrabo de multilateralismo, pero en

65 Ningún período de las políticas hacia América Latina y el Caribe ha sido tan estudiado, excepto tal vez precisamente ese “imperialismo intervencionista.” No sólo es que prácticamente todos los autores que llegan hasta estos años lo discuten, sino que en la bibliografía recopilada hay no menos de diez antologías sobre Centroamérica publicadas durante esos años. La de más perspectiva, por su fecha de publicación es tal vez *Understanding the Central American Crisis Sources of Conflict, U.S. Policy, and Options for Peace*. Editores Kenneth M. Coleman y George C. Herring (Wilmington, Del.: SR Books, 1991).

66 Todos los autores que cubren este gobierno enfatizan en esto. La panorámica de Walter LaFeber, por ejemplo, le dedica sólo el capítulo 5, pero el libro completo es un intento de poner la crisis en “perspectiva histórica.” Aunque aparentemente panorámicos, pero escritos en la época, Lowenthal y Molineu, le dedican un capítulo cada uno (6 y 8, respectivamente) y Poitras le dedica tres (4 al 6). El libro de Grandin le dedica los capítulos 3 y 4 en su discusión del “nuevo imperialismo.” El tratamiento más detallado es William M. LeoGrande, *Our Own Backyard the United States in Central America, 1977-1992* (Chapel Hill, NC University of North Carolina Press, 1998).

67 Véase, además de los autores en la nota anterior, el destaque del caso en Gaddis Smith, quien le dedica el grueso de su capítulo 9. Howard J. Wiarda, le dedicó un libro a la *American Foreign Policy Toward Latin America in the 80s and 90s: Issues and Controversies From Reagan to Bush* (New York New York University Press, 1992), pero sólo los dos primeros capítulos intentan un resumen histórico, sobre Centroamérica el primero.

el fondo para subrayar la posibilidad de las otras invasiones amenazadas.⁶⁸ En tercer lugar, intentaron proveer legitimación bipartidista a su política a través del informe de la “Comisión Kissinger” de enero de 1984.⁶⁹

Finalmente, las políticas neoliberales en el sector financiero llevaron a una notable recuperación de hegemonía económica. Estas desataron en 1982 la llamada “crisis de la deuda” latinoamericana, sometiéndolo poco a poco a muchos gobiernos a abandonar las políticas de desarrollo cepalistas y someterse al llamado “Consenso de Washington.” Según Peter Smith, el mismo comprendía tres conjuntos de “recetas:” 1) la revisión y reducción del rol económico del estado; 2) el apoyo al sector privado, incluyendo la privatización de empresas públicas; y 3) la reducción del proteccionismo y apertura de las economías.⁷⁰

Casi desde el principio, la oposición doméstica, regional e internacional produjo concesiones y retrocesos que demostraron los límites de la recuperación hegemónica. Por una parte, para intentar ganar apoyo o neutralizar la oposición en Centroamérica y el Caribe insular, el gobierno lanzó desde febrero de 1982 e implementó a partir del año siguiente la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICI), un programa de ayuda económica y apertura comercial unilateral, como la cara positiva del garrote que estaba blandiendo.⁷¹ Por otra parte, las gestiones por una paz negociada de parte del Grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela) a partir de enero de 1983 y del Grupo de Apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay) desde agosto de 1985 rindieron fruto en las sucesivas reuniones de mayo y agosto de 1987 en Esquipulas, Guatemala, que proveyeron una solución interna que Washington tuvo que aceptar a regañadientes.⁷²

Paradójicamente, la ICI terminó fortaleciendo también la hegemonía económica. Al mismo tiempo, la resistencia regional a las condiciones para el pago de la deuda generaron proyectos paliativos, de una parte, el malogrado “Plan Baker” en 1985 y, ya en el gobierno de George Bush I, el más exitoso “Plan Brady” de 1990. El gobierno de Bush, sin embargo, mantuvo inicialmente la agenda y políticas del anterior, sobre todo relativas al unilateralismo, aunque con una actitud —según algunos autores— más “pragmática.”⁷³

⁶⁸Véase, además de los autores antes citados, el destaque del caso en Pastor, quien le dedica su capítulo 9. Además, Coerver y Hall, capítulo 6, pp. 150 y ss.

⁶⁹United States, National Bipartisan Commission on Central America, The Report of the President's National Bipartisan Commission on Central America (New York: Macmillan, 1984).

⁷⁰Peter H. Smith, capítulo 7, esp. p. 223-224. Al respecto, véase también, por ejemplo, Ayerbe, pp. 235-237; Grandin (capítulo 5), Poitras (capítulo 7) y Weeks (capítulo 8). El Premio Nobel Joseph E. Stiglitz criticó esta política en “El rumbo de las reformas: Hacia una nueva agenda para América Latina,” Revista de la CEPAL, No. 80 (agosto 2003): 7-40.

⁷¹Véase, adicionalmente, LaFeber, (capítulo 5), Lowenthal (capítulo 6) y Molineu (capítulo 1). Un balance bastante completo aparece en *Imperial Power and Regional Trade the Caribbean Basin Initiative*, Editores Abidail B. Bakan, David Cox, and Colin Leys. (Waterloo, Ontario: Wilfrid Laurier University Press, 1993).

⁷²Véase, entre los autores citados sobre el tema, LeoGrande, en particular el capítulo 21.

⁷³Sobre la resistencia, véase entre otros, Boersner, capítulo 11 (pp. 262 y ss.). Sobre el “pragmatismo” de Bush, véase adicionalmente : Pastor (capítulo 5) y Raymont (capítulo 12). Antes de publicar su libro, Pastor le dedicó un artículo: “The Bush Administration and Latin America the Pragmatic Style and the Regionalist Option,” *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* v. 33 (Fall 1991): 1-34.

Dicho gobierno mantuvo mucho más el intervencionismo con la primera invasión unilateral de un país latinoamericano desde la época del “Corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe:” la de Panamá en diciembre de 1989. En lo que algunos autores consideran fue una demostración de que podía actuar tan decisivamente como Reagan, el gobierno de Bush invadió a un país para ejercer una función de “policía:” arrestar a un jefe de estado.⁷⁴ Desde otro punto de vista, se trataba de un ensayo de lo que sería su principal acción intervencionista: la guerra contra Iraq, mal llamada “del Golfo,” en 1991.

VI. 1991 - 2000 ¿Más de lo mismo? (La ofensiva del libre comercio)

Esta segunda acción del gobierno de Bush, sin embargo, se produjo en otro contexto: el fin de la Guerra Fría. Como expliqué al comienzo de la segunda parte, originalmente trabajé con la idea de sólo cinco (5) períodos, a base de la hipótesis de un sólo período desde 1980. Es decir, asumí que la bibliografía demostraría la continuación de las características generales de la política del Buen Socio desde su reafirmación en los años ochenta.

La premisa básica —como se expresa en la sección sobre los años cincuenta— era que la llamada “ideología de la Guerra Fría” no fue sino un discurso para reconstituir la hegemonía de la elite de poder en Estados Unidos, interna e internacionalmente. Esto me parece que siguió siendo cierto hasta 1991, pero la bibliografía sugiere que cabe preguntarse si hubo efectivamente una continuación o hay un período claramente distinguible, al menos hasta el 2000. Hasta ahora, existen argumentos válidos en ambos sentidos y por el momento prefiero exponerlos antes de llegar a una conclusión.

Por una parte, el fin de la Guerra Fría permitió reafirmar la hegemonía económica más abiertamente que nunca antes. En general, se adoptó el discurso de una “globalización” que presuponía, no sólo el triunfo del capitalismo sino el dominio mundial de Estados Unidos. De este lado, y en lo que podemos denominar “la ofensiva del libre comercio,” el gobierno de Estados Unidos promovió un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que lucía indetenible durante esa década. Comenzando con la difícil de traducir “Enterprise for the Americas Initiative” del gobierno de Bush en 1990, seguida por la negociación del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN - NAFTA por sus siglas en inglés) a partir de 1991, la ofensiva realmente tomó vuelo durante el gobierno de William J. “Bill” Clinton desde 1993. El punto de mayor impulso fue la aprobación del TLCAN y la primera de las reuniones “Cumbre de las Américas,” ambas en 1994.

Por otra parte, si el hegemón prefiere dominar por liderato, o al menos consentimiento, y la fuerza debe ser el último recurso, esta década parecería la de mayor recuperación de hegemonía desde 1960. El liderato, sin embargo, no era exclusivamente de Estados Unidos; el TLCAN, después de todo, fue una iniciativa del presidente neoliberal de México, Carlos Salinas de Gortari. Al mismo tiempo, si bien Washington podría atribuirse parte del éxito del neoliberalismo en la región, no puede decirse lo mismo

⁷⁴Todos los autores que cubren este gobierno Pastor (pp. 48-50)

del acelerado proceso de democratización de los gobiernos de la región desde la década anterior.

Por el contrario, el gobierno de Reagan recurrió a la fuerza precisamente para detener la erosión de su hegemonía y todo indica que sólo lo logró parcialmente y por razones casi a pesar de su política. La democratización de los gobiernos de la región, por ejemplo, se desató por las luchas internas de cada país y la bancarrota de las políticas económicas de los gobiernos militares. Los gobiernos de Bush y Clinton, en ese sentido, se hicieron eco de una democratización que estaba en curso. La única excepción posible, la invasión de Haití para restablecer el gobierno de Jean Bertrand Aristide en 1994, se emprendió hasta con cierta renuencia.

Incluso, el gobierno de Clinton intentó reconstituir un discurso hegemónico en el plano estratégico-militar a través de la llamada “Guerra contra las Drogas.” Al respecto, además de condicionar la cooperación con los países productores de sustancias psicoactivas ilegales, se tomaron medidas contra el lavado de dinero, la corrupción, el tráfico de armas ilegales y la migración indocumentada. Cónsono con lo anterior su gobierno siguió las políticas de presidencias anteriores al fomentar las ventas de armas al extranjero. En ese sentido, por más que adoptara el discurso del multilateralismo e intentara seguirlo al menos en cuanto a la integración económica el gobierno de Estados Unidos continuó actuando bilateral e incluso unilateralmente.

En un sentido más contrario aún, el gobierno de Bill Clinton reafirmaría la voluntad intervencionista del Buen Socio. La política hacia Cuba, en lugar de cambiar drásticamente con el fin de la Guerra Fría, se endureció aún más con la aprobación de las leyes “Torricelli” en 1992 (con su apoyo) y “Helms-Burton” en 1996. Es decir, que estuvieron acosando y agrediendo a Cuba por tres décadas por ser una presunta marioneta soviética y luego han seguido por no ser una marioneta rusa. En ese sentido, y como ya se expresó sobre todos los gobiernos desde Kennedy, la reiteración del intervencionismo se ha mantenido como parte de la política hacia América Latina y el Caribe hasta el presente.

VII - 2001 - ¿Más de lo mismo? (La guerra contra el terrorismo)

Con el gobierno presidido por George Bush II las líneas de continuidad son aún más fuertes, particularmente en un deterioro aún mayor de la hegemonía. Sobre todo, el discurso de “La guerra contra el terrorismo” se convirtió en un intento de afirmación hegemónica en el plano estratégico-militar a nivel mundial. Al mismo le precedió el libro de Samuel Huntington, *Clash of Civilizations*.

Al mismo tiempo, el discurso hegemónico doméstico se suplementó con la definición de la inmigración de América Latina y el Caribe como una de los mayores problemas internos. Al mismo también le precedió el libro de Samuel Huntington, *Who Are We?*

Sin embargo, el empantanamiento en Irak y el debilitamiento económico ayudaron a estimular nuevas fuerzas de resistencia en la región, comenzando por el gobierno bolivariano de Venezuela en 1999. La oposición al ALCA, solitariamente cubana durante

toda la década, se reforzó, primero, con la oposición venezolana y rindió frutos cuando el Mercosur prácticamente mató el proyecto en diciembre de 2003.

El fracaso del ALCA, sin embargo, no impidió que se consolide la hegemonía económica sobre la región del Gran Caribe, con la excepción de Cuba y la relativa de Venezuela, al menos en lo que al ALCA se refiere. El resto de la región parece estar cerrando filas, con la ratificación del TLCCA-RD y la posible ratificación de su equivalente con Colombia. Esta trayectoria de los últimos años parecería reforzar una vieja tendencia en la política hacia la región y sus relaciones con ella, expresada para la primera mitad de siglo por Richard V. Salisbury:

Hasta la Segunda Guerra Mundial, la política latinoamericana de Estados Unidos se centraba mayormente en la región del Caribe. En efecto, la habilidad del gobierno de Estados Unidos para implementar su política a través de la intervención armada, la manipulación política y la penetración económica tendía a disminuir proporcionalmente mientras más al sur uno se moviera en el hemisferio.⁷⁵

BIBLIOGRAFÍA PANÓRAMICA

Aguilar Monteverde, Alonso. *Pan-Americanism From Monroe to the Present; a View From the Other Side* (El Panamericanismo De La Doctrina Monroe a La Doctrina Johnson.). New York: M[onthly] R[evue] Press, 1968.

Ayerbe, Fernando Luis. *Los Estados Unidos y La América Latina: La Construcción De La Hegemonía*. La Habana, Cuba: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2001.

Blasier, Cole. *The Hovering Giant : U.S. Responses to Revolutionary Change in Latin America*. [Pittsburgh] : University of Pittsburgh Press, 1976.

Boersner, Demetrio. *Relaciones Internacionales De América Latina: Breve Historia* . Caracas, Venezuela: Editorial Nueva Sociedad, 1996.

Brewer, Stewart. *Borders and Bridges : a History of U.S.-Latin American Relations*. Westport, Conn.: Praeger Security International, 2006.

Cockcroft, James D. *Latin America: History, Politics and U.S. Policy*. Chigado: Nelson-Hall Publishers, 1996.

Coerver, Don M. y Linda B. Hall. *Tangled Destinies: Latin America and the United States* . Albuquerque: University of New Mexico Press, 1999.

⁷⁵"Good Neighbors? The United States and Latin America in the Twentieth Century" en: *American Foreign Relations: A Historiographical Review*, Ed. Gerald K. Haines y J. Samuel Walker, *Contributions in American History*, no. 90 (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1981), p. 316. Mi traducción, como en todos los textos originalmente en inglés.

- Connell-Smith, Gordon. *The United States and Latin America: An Historical Analysis of Inter-American Relations*. New York: Halstead Press a Division of John Wiley & Sons, Inc., 1974.
- Cortada, James N. y James W. Cortada. *U.S. Foreign Policy in the Caribbean, Cuba, and Central America*. New York: Praeger, 1985.
- Crassweller, Robert D. *The Caribbean Community; Changing Societies and U.S. Policy*. New York: Published for the Council on Foreign Relations by Praeger , [1972].
- Fernández, Leonel. *Los Estados Unidos En El Caribe : De La Guerra Fría Al Plan Reagan*. Santo Domingo, República Dominicana : Editora Alfa & Omega, 1984.
- Fernández, Ronald. *Cruising the Caribbean : U.S. Influence and Intervention in the Twentieth Century*. Monroe, ME : Common Courage Press, 1994.
- García Muñiz, Humberto y Gloria Vega Rodríguez. *La Ayuda Militar Como Negocio : Estados Unidos y El Caribe* . San Juan, P.R. Proyecto Atlantea y Ediciones Callejón, 2003.
- Gil, Federico Guillermo. *Latinoamérica y Estados Unidos : Dominio, Cooperación y Conflicto*. Madrid: Editorial Técnos, 1975.
- Gilderhus, Mark T. *The Second Century : U.S.--Latin American Relations Since 1889*. Wilmington, DE : Scholarly Resources, 2000
- Grandin, Greg. *Empire's Workshop: Latin America, The United States , and The Rise of the New Imperialism*. New York: Metropolitan Books, 2006.
- Kryzanek, Michael J. *U.S.-Latin American Relations*. Westport, Conn.: Praeger, 1996.
- LaFeber, Walter. *Inevitable Revolutions : the United States in Central America*. New York: W.W. Norton, 1993.
- Langley, Lester D. *America and the Americas : the United States in the Western Hemisphere*. Athens: University of Georgia Press, 1989.
- Langley, Lester D. *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century*. Athens : University of Georgia Press, 1989.
- LeoGrande, William M. *Our Own Backyard : the United States in Central America, 1977-1992*. Chapel Hill, NC : University of North Carolina Press, 1998.
- Lowenthal, Abraham F. *Partners in Conflict, the United States and Latin America* . Baltimore, Md. Johns Hopkins University Press, 1987.

- Maingot, Anthony P. *Los Estados Unidos y El Caribe: Retos De Una Relación Asimétrica* (The United States and the Caribbean in the Twentieth Century). Río Piedras, P.R. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2005.
- Molineu, Harold. *U.S. Policy Toward Latin America : From Regionalism to Globalism* . 2nd. ed. Boulder : Westview Press, 1986.
- Pastor, Robert A. *Exiting the Whirlpool: U.S. Foreign Policy Toward Latin America and the Caribbean* . Boulder, Colorado: Westview Press, 2001.
- Pierre-Charles, Gérard. *El Caribe Contemporáneo* . México: Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Pike, Fredrick B. *The United States and Latin America : Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin: University of Texas Press, 1992.
- Poitras, Guy. *The Ordeal of Hegemony: The United States and Latin America*. Boulder, San Francisco, & Oxford: Westview Press, 1990.
- Randall, Stephen J. y Graeme S. Mount. *The Caribbean Basin : an International History* . New York: Routledge, 1998.
- Raymont, Henry. *Troubled Neighbors: The Story of U.S.-Latin American Relations Form FDR to the Present*. United States of America: Westview Press, 2005.
- Rodríguez Beruff, Jorge. *Política Militar y Dominación : Puerto Rico En El Contexto Latinoamericano*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1988.
- Schoultz, Lars. *Beneath the United States : a History of U.S. Policy Toward Latin America*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1998.
- Smith, Gaddis. *The Last Years of the Monroe Doctrine 1945-1993*. New York: Hill and Wang, 1994.
- Smith, Joseph. *The United States and Latin America: A History of American Diplomacy 1776-2000*. New York: Routledge, 2005.
- Smith, Peter H. *Talons of the Eagle: Latin America, the United States, and the World* . New York: Oxford University Press, 2008.
- Smith, Robert Freeman. *The Caribbean World and the United States: Mixing Rum and Coca-Cola*. New York: Twayne Publishers, 1994.
- Weeks, Gregory. *U.S. and Latin American Relations*. University of North Carolina: Pearson Education, 2008.